

la seguridad y el provecho, y llamado por edictos á los que habían abandonado sus casas y demás propiedades, conminándoles con que, de no hacerlo en un plazo que se ha prorrogado dos veces, el Estado se incautará de todo.

"Al mismo tiempo se establecían hospitales para Cristianos, Moros y Judíos; se situaba el mercado en la calle de la Albüera, cerca de una puerta de la ciudad, á fin de que pudiesen acudir cómodamente á comprar los soldados de todos los Campamentos; abríanse fondas y cafés; componíanse los caños de desagüe; trasladábase el Matadero á un lugar higiénico; dábese alojamiento á las tropas en la Judería y barrios de los Moros; nombrábanse varias Juntas, compuestas de las tres razas susodichas: una para nivelar el valor de las monedas, la cual expuso al público un cuadro comparativo en tres idiomas, y con muestras de toda clase de monedas españolas y moriscas; otra para hacer una tarifa de comestibles, á fin de evitar abusos; otra para investigar los bienes religiosos de eremitas y patronatos, y otra para estudiar el sistema arancelario de los Moros en los voluminosos libros que se encontraron en la Aduana. Buscóse la Oficina de Hipotecas, á fin de saber á qué atenerse en punto á las propiedades, y se halló que en este país no existía, pues las traslaciones de dominio se verificaban en una forma judicial.

"Por último, se designó para templo cristiano una mezquita situada en la plaza; hicieronse en ella algunas obras, y se bendijo y abrió al público el domingo 11 de Febrero, celebrándose una solemne Misa con *Tedéum* y sermón por el Padre Sabatel, con asistencia de todos los Capellanes del Ejército, á cuyo templo se dió el nombre de *Nuestra Señora de las Victorias*.

"Tales han sido los trabajos hechos hasta ahora para el mejoramiento de la ciudad. Hoy

se piensa en la construcción de cuarteles, fortificaciones, baños medicinales y de placer y otras empresas importantísimas.

"Cuanto se diga en elogio del general Ríos y del coronel Artaza será siempre poco, en comparación de la actividad é inteligencia que han desplegado en el desempeño de sus difíciles y apremiantes cometidos."

XV

La campana y el Judío.—El poeta *Chorby*.
El amor de una Mora.

Día 4 de Marzo.

Como últimos cuadros de nuestra vida en *Tetuán*, voy á contaros mis aventuras de hoy, lo cual os proporcionará la ventaja de conocer á tres insignes personajes, con quienes estoy en la mejor inteligencia hace algunos días, y que son, como quien no dice nada, los dos Moros más notables y la Mora más hermosa que viven actualmente dentro de estos muros.

Pero empecemos por el principio.

Esta mañana, á cosa de las seis, turbó mi sueño una *diana* de nuevo estilo, que resonaba sobre mi cabeza, y que no era ya el canto de las golondrinas que habitan en mi mismo cuarto, ni menos el cotidiano estrépito matutino de cornetas y tambores... Era otra clase de *diana*, que resucitaba en mi corazón ecos dulcísimos; que, dormido y todo como me encontraba, producía en mi ánimo un inefable bienestar; que me halagaba como la fresca brisa al peregrino que duerme la siesta bajo una palma del Desierto; que me hizo despertar, en fin, lleno de aquel gozo que experimenté en *Ceuta* la primera mañana

que salió el Sol después de muchos días de vendaval...

—¿Dónde he oído yo esta melodía? (me preguntaba hoy). ¡Yo conozco esos vibrantes y plácidos sonos..., aunque no los he oído hace mucho tiempo!

En esto acabé de despabilarme, y comprendí que lo que oía era una *campana* que tocaba á Misa en la torre de la nueva iglesia.

Aquella campana había llegado de España ayer tarde, y esta mañana ejercía por la primera vez su santo ministerio.—Entonces recordé también que hoy era *domingo segundo de Cuaresma*...—Y todas estas cosas, y el ocio, y el temporal que retrasa nuestra marcha hacia Tánger, y el no saber qué hacerme durante todo el día, me pusieron de malditísimo humor..., lo cual es de muy buen agüero... cuando acontece por la mañana temprano.

Así ha sucedido hoy.—Pocos minutos hacía que me hallaba despierto, cuando penetré en mi cuarto *Jacob*, mi criado judío, el cual traía la cara de bienaventurado que tiene siempre los domingos, á consecuencia de no haberse servido de nada el *día de sábado*...

Nuestro diálogo merece contarse, por lo característico.

—Buenos días...—exclamó, al entrar, el descendiente de los que crucificaron á Jesús.

—Dios te los dé muy buenos.—¿Dónde estuviste ayer?

—Señor... Ayer era *día de sábado*...

—¿Eso es! ¡Y porque era sábado, mi caballo no comió en todo el día!...

—¿Señor, yo no comí tampoco! Yo ayuné, como todos los Hebreos...

—Y te quieres tú comparar con mi caballo!

—No, señor, porque él es irracional...

—¿Y tú eres Judío!

—Bien: yo soy Judío; pero también soy racional.

—¿Demasiado! En fin..., el caballo ha comido perfectamente toda la noche, á pesar de tu devoción. ¿Qué tal día hace hoy?

—Llueve.

—¿Y qué se dijo ayer en la Judería?

—Que los Españoles van á irse de Tetuán...

—¿Y qué te parece eso?

—Me parece mal; porque cuando se vayan los Españoles, los Moros nos van á abrasar vivos á los Hebreos.

—Harán bien.

—Diga más bien que harán mal.

—¿Qué sabes tú!—Vamos á ver: ¿por cuánto dinero te dejarías abrasar vivo?

—Según y conforme.

—¿Qué quiere decir eso?

—Si me lo daban antes..., ¡por un millón! Pero si me lo daban después, por ningún dinero del mundo.

Y se echó á reír.

—Mas ¿para qué querías ese millón, si en seguida habían de abrasarte?

—¿Toma! Yo procuraría huir...

—¿Y si no podías?

—Lloraría hasta que me perdonaran...

—¿Y si no lograbas el perdón?

—Devolvería el millón de reales, después de haber tenido el gusto de poseerlos durante una hora.

—¿Efectivamente, eres más racional que mi caballo!

En esto se oyó el segundo toque de Misa.

—Dígame, señor, ¿qué es eso que suena?—preguntó el Judío lleno de asombro.

—Una campana.

—¿Y para qué la tocan?

—¿Para qué? ¡Voy á decírtelo! Cuando me-

jore el tiempo emprenderemos la marcha á Tán-ger, y volverán otra vez los grandes días de *Castillejos* y *Guad-el-Jelú*... — ¡Esa campana toca, pues, á muerto por Moros y Judíos; á gloria por los Cristianos! ¡Dobla por las pérdidas que hemos de tener en la segunda Campaña! ¡Repica por los triunfos! ¡Es un eco patrio! ¡Tiene el son puro y alegre de una voz infantil! ¡Es el primer acento de la Iglesia hispano-africana que nace; el primer sollozo de Jesús en el pesebre; el primer balido del cordero de Dios!—¿Te has enterado ya, fiero deicida?

—¿El señor quiere alguna cosa?—preguntó temblando el miserable Hebreo, que nada había comprendido de mi enfática peroración.

—Quiero que preguntes abajo, en la iglesia, si me han traído el correo.

Jacob volvió al poco rato con mis cartas de España y con una esquela procedente del mismo *Tetuán*, que decía así:

“Amigo mío: Hoy llueve, y hemos decidido pasar también el día *en el campo*. El poeta *Chorby* y el dandy *Hamet-Fucay* son de la partida. La *Mora* de la azotea no ha comido dulces hace tres soles. Ven con las provisiones que haya á tu alcance, y proporcionarás gran placer á tu afectísimo amigo,—M. (1).

”P. D. Hay tresillo, y se dará de dormir.”

Esta carta necesita una ligera explicación.

La M que la suscribe representa á un bizarrísimo Brigadier, que, con otros distinguidos jefes, todos muy conocidos y famosos en Madrid,

(1) *Nota de la segunda edición.*—Ya no hay por qué guardar incógnitos. Esta carta era del entonces brigadier D. Lorenzo Milans del Bosch, y los jefes de que más abajo se habla eran el Conde de Cuba; el auditor D. Francisco Monteverde, hoy senador del Reino, y D. Eduardo Comas, actual secretario del Gobierno Militar de Madrid.—Milans y el Conde no existen ya.—*Nota de la tercera edición.*—También ha fallecido Monteverde.

habita la casa de un tal *Chorby*, opulento Moro, dedicado á las bellas letras (!!) desde sus primeros años, y uno de los hombres más cultos de este Imperio, al decir de sus compatriotas.

Dicha casa está situada en un extremo de *Tetuán*, en el barrio más tranquilo, sosegado y pa- voroso; y cuando yo voy á ella, que es muy frecuentemente, me quedo siempre á dormir con mis amigos, en atención á que sería una temeridad, casi un suicidio, recorrer de noche y en estado de guerra el largo laberinto de tenebrosas calles que median hasta la *Plaza de España*, en que yo habito.

El mismo *Chorby* me aconseja tanta prudencia; ¡*Chorby*, el árabe clásico, el huésped generoso, el mahometano, según el *Corán*!

Este admirable hombre, cuando vió llegar á su casa, como *alojados*, al Brigadier y á sus amigos, les pidió permiso para evacuarla por su parte, á fin de que estuviesen con más libertad, y, efectivamente, se marchó, dejando en ella todos sus muebles y tapices, y reservándose una sola habitación, en que encerró las cosas de su uso personal, como ropas, víveres, libros y muchísimo dinero en cobre.

—Yo (dijo *Chorby*) comer y dormir en casa de unos amigos; pero venir todos los días y encerrarme en este cuarto á leer ó escribir ó hacer cuentas...

Nuestros jefes, en vista de tan noble y delicado comportamiento, quisieron dejarle la casa y buscar otra, ó volver á las tiendas; pero *Chorby* se opuso obstinadamente, levantó las manos al cielo, se las llevó al corazón, se las besó repetidas veces, y juró y perjuró que se creería ofendido si aquéllos no correspondían á su franqueza.

Fué, pues, indispensable aceptar un favor tan extraordinario, y los cuatro Españoles se insta-

laron en unas grandes salas, donde había colchones, mantas, almohadas, otomanas y cojines para un regimiento.

Ahora bien: á pasar un día entero sin salir de esta casa le llaman mis amigos *un día de campo*, sobre todo si es jugando al tresillo.

Otra advertencia: *Chorby* no tiene mujer alguna.

Dijérase que hace la vida de un clérigo católico.

En cuanto á la *Mora* y al *dandy*, ya hablaremos de ellos dentro de un instante.

.....
 Cuando llegué á casa de *Chorby*, mis amigos me esperaban ya con el almuerzo en la mesa, y también con aquel buen humor que me detiene allí algunas veces dos ó tres días seguidos.

Casi al fin del almuerzo llegó *Chorby*. Saludónos de lejos, desde el corredor, con afabilísima sonrisa, y penetró en su cuarto.

Al cabo de un momento volvió á salir con una bandeja llena de naranjas, que dejó sobre nuestra mesa, á fin de que nos sirvieran de postre.

¡Todos los días hacía lo mismo!

—*Chorby*, ven; siéntate y almuerza—le dijo el brigadier M.

—Gracias, gracias; he almorzado—respondió *Chorby*, más bien por señas que de palabra, pues habla muy poco español.

Igual contestación daba todos los días; pero hoy se sentó á nuestro lado. Había prometido pasar el domingo con nosotros.

Chorby no es bello; frisaré en los cuarenta años, y tiene la faz triste, la risa bondadosa, los ojos grandes y expresivos, la barba escasa. Viste albornoz negro sobre jaique blanco; parece un fraile dominico.

El sabía que yo era escritor, como yo sabía que él lo era también; pero aun no habíamos te-

nido tiempo de hablar á fondo, ni esto era muy fácil...

Pero ¡qué no consigue la voluntad!... Valiéndonos de las poquísimas frases españolas y francesas que él comprende, hemos logrado sostener hoy, durante más de dos horas, una profunda y divertida conferencia sobre artes, política, literatura, etc., ¡y la verdad es que nos hemos entendido!

¡Oid, si no, las cosas que he averiguado!

Chorby sabe de memoria el *Corán*; sabe la historia de la dominación árabe en España, bien que confusamente; sabe mucha Geografía, y, sobre todo, está al corriente de la política universal...

—Moros (dice *Chorby*) no tener *estampa* (impresión), porque no necesitan. Tenerla Moros turcos, Moros persas, Moros indios, Moros chinos..., ¡y éstos inventar! Pero Moro de Marruecos ser de campo, comer y dormir en casa con *mujeres*; salir á cazar, pescar y pelear y volver cansado...
 ¡No necesitar *estampa*!

¡Qué gráfica pintura!

Chorby, lo mismo que todos los Marroquíes, escribe con cañas, cortadas como nuestras plumas de ave. Las moja en tintas de varios colores, y algunas veces adorna las letras con plata y oro.

La mayor parte de los libros de que *Chorby* tiene noticias son de Religión, ó sea de *Majomé*... (Así suena en sus labios el nombre de Mahoma.)

También ha leído libros de *andar y ver* (es decir, de viajes) por Marsella, por Gibraltar, por la Meca, por Jerusalén, por Londres y por otras muchas partes.

Entiende algo de Astronomía; pero desde el punto de vista astrológico...

En Medicina conoce algunos específicos (todos vegetales); y, por supuesto, defiende el famoso

sistema de cáusticos africanos, que consiste en aplicar sobre la espalda un hierro ardiendo á todo aquel que necesita un sacudimiento de vida hacia la piel ó un descarte de malos humores.

Las obras escritas por *Chorby* se reducen á tres: la *Vida de un Santo* muy famoso que hubo en Fez; un *Libro de Leyes*, y un *Comentario sobre el Corán*; aparte de algunas alabanzas en verso á Dios, al Profeta y al difunto Emperador, padre del que hoy reina.

Por lo demás, creo excusado decir que mi hermano en Apolo no vive de lo que le producen las bellas letras.—Es comerciante en lanas y banquero, y nada militar por naturaleza, como se deduce del siguiente hecho:

Hace hoy un mes precisamente cogió en sus manos una espingarda por la primera vez de su vida.—Es decir, que asistió á la Batalla de *Tetuán*.—Pero no se batió, sino que, obligado por las Autoridades, como todos los habitantes de esta Plaza, á *coger un chopo* (que solemos decir ahí) y salir á defender el suelo patrio, pasó el día sentado en lo alto de un cerro con la espingarda descargada, y á la tarde, cuando *ya hubo concluido todo*, cargó el arma con pólvora sola y la volvió á descargar, á fin de que oliese convenientemente, y regresó á *Tetuán sin el remordimiento* (dice) *de haber matado á nadie*.

Por aquí íbamos de nuestra conversación, cuando apareció en la estancia *Hamet-Fucay*, el *dandy* de *Tetuán*.

Tendrá éste unos veintidós años. Sus blancas y delicadas manos revelan claramente su condición de aristócrata, de ciudadano pacífico... con los hombres, y de hijo mimado de la fortuna.

Yo no he visto Moro más bello y elegante que él. Nadie lleva el jaique con tanta elegancia; nadie anda con tanto donaire; nadie va siempre tan compuesto, tan limpio, tan perfumado.—Es

alto, delgado, pálido. Tiene los ojos y la barba negros como el ébano, los dientes más hermosos del mundo, la frente y la nariz de un Antinoo, y la sonrisa franca y constante.

Es un verdadero *lión*, no sólo de figura, sino por sus pensamientos y acciones. Todas sus ideas son de este siglo; sus costumbres, bastante disipadas; sus escrúpulos religiosos, completamente negativos...—Baste decir que come jamón y bebe jerez..., aunque rogándonos que no se lo digamos á ningún Moro, y que se burla de sus compatriotas y ama la civilización cristiana.—Es, en fin, en su tierra, una excepción..., nada honrosa, por cierto... —Y hablo así, porque de todo lo dicho se deduce que *Hamet* no ama á su patria ni se ha batido por ella, ni respeta la religión de sus padres.—No es más que un hombre *encantador*, como se dice en Francia, donde hay tantos *Cristianos* por el estilo de este *Moro*.

Con él y con *Chorby* pasé el resto de la mañana de hoy.

Al mediodía dejó de llover, y salió el Sol...

Cogí entonces un puñado de dulces, y me dirigí á la azotea...

¡Iba á ver á *mi novia*, á *mi odalisca*, á la hermosísima *Mora* que os he anunciado!

.....
Pero seamos formales.

No digo "*seamos verídicos*", porque siempre lo soy.

Es el caso que yo me cuento entre los pocos, entre los poquísimos españoles que han visto en *Tetuán* una *Mora* bonita y trabado amistad con ella..., aunque á respetable distancia.

La cosa ha sucedido del siguiente modo:

El primer día que subí á la azotea de esta casa (desde donde se distinguen otras muchas, y además un magnífico paisaje), vi aparecer una blanca figura en la azotea de otra casa muy

próxima, bien que (¡oh dolor!) separada de la de *Chorby* por una calle..., y cubierto el rostro con un tupido velo.

Pero la circunstancia de estar aquel velo hendido horizontalmente hacia la parte de los ojos, me demostró que la figura aparecida era una mujer.

Escondíme detrás de un muro, y me puse á observarla por una aspillera.

La Mora se acercó cautelosamente á las almenas de su terrado, y se asomó á la calle.

En esto se oyó abajo el ruido de una puerta y de una llave...

Me asomé yo también rápidamente, y vi que un Moro se alejaba de aquella casa, no sin asegurarse antes de que la puerta estaba cerrada en firme.

—¡Sin duda es su señor! (pensé). La Mora esperará á que se vaya su marido para asomarse á la azotea... ¡Esto promete!

En efecto: no bien desapareció aquel Moro por la esquina próxima, dió la tapada un salto de alegría y se levantó el velo.

El interés dramático y el rigor novelesco exigen aquí que mi vecina sea un portento de hermosura... ¡No me vais á creer, por tanto, si os digo que lo era!

Lo era, ¡sí!—Y si no lo hubiera sido, ¿á qué tantas precauciones de parte del esposo, y á qué tanto afán en ella por descubrirse la cara?

¡Oh, sí; lo era!—¿Y cómo no ha de serlo una arrogante Mora de catorce ó quince años, blanca y descolorida, con dos ojos negros grandes y relucientes, con boca de niño, y envuelta de los pies á la cabeza en un alquicel de finísima lana, que la hace parecerse á una escultura griega?

¡Por mi alma os juro que era y sigue siendo muy hermosa!... ¡Y debéis creerme, supuesto que no estoy enamorado de ella!

Ni ¿cómo estarlo?—¡Ay! Si su semblante no me lo hubiese revelado, en sus infantiles movimientos, en su pueril júbilo, en su loca curiosidad y en las coqueterías que hacía creyéndose sola hubiera conocido que aquella joven era tan *inocente*, ó, por mejor decir, estaba tan desprovista de alma como un pájaro, como una flor ó como la gata que subió detrás de ella á la azotea.

Pero ¿y la Mora? ¿A qué subía?—¡Pronto lo conocí!... En otros muchos terrados de *Tetuán* se veían oficiales y soldados españoles que ponían ropa á secar, ó tomaban el Sol, ó contemplaban el magnífico paisaje que se descubre por todas partes..., y la Mora tenía gana de ver á los conquistadores que tanto ruido metían en la ciudad.

Verdaderamente, ella espiaba á los demás con muchas precauciones, á fin de no ser vista; pero como yo hacía lo propio con ella, la veía á mi satisfacción.

Una vez saciada mi curiosidad, pensé, naturalmente, en buscarle segundo capítulo á aquella novela. Bajé, pues, á la despensa del Brigadier, cogí unos dulces y me volví á mi acechadero.—De todo esto hará unos ocho días.

La Mora seguía en el mismo sitio, esto es, á unos veinte pasos de mí, calle por medio.

Algunos confites envueltos en papeles, cayendo á sus pies como una granizada, le hicieron dar juntamente un grito y un salto y abandonar á escape la azotea.

—¡Ella volverá!—me dije.

En efecto: al cabo de un minuto su preciosa cabeza apareció de nuevo por la puertecilla que daba entrada á la plataforma, y sus grandes ojos se fijaron con curiosidad en aquellos papeles.

Luego miró en torno suyo, y no viendo á nadie por ningún lado, avanzó cautelosamente y cogió uno de los dulces.

Entretanto, yo había salido de mi escondite.

Cuando volvió á levantar la cabeza, debió de verme sentado en medio de mi azotea, mirando hacia otro lado (como si yo no supiera que ella estaba allí), desliando un papel igual á los que le había arrojado y llevándome á la boca su contenido.

Era el momento supremo.—¡O tiraba el dulce y desaparecía para siempre, ó se quedaba y se lo comía!...

Dejé pasar un minuto sin mirarla, y al cabo de este tiempo me volví de pronto hacia ella.

En aquel mismo instante se bajaba para coger otro dulce, mientras que el papel del primero se hallaba en tierra, desliado, vacío...

¡La hija de Eva se había comido ya una manzana!

Al incorporarse con la segunda entre los dedos, sus ojos se encontraron con los míos.

Echóse á reír con toda su alma; enseñóme el dulce que acababa de coger; díjome por señas que le había gustado mucho el anterior, y se llevó aquel otro á la boca, indicándome con un ademán codicioso que le arrojase muchos más.

¿Comprendéis ahora mi despreocupación? ¿No veis claramente á la Mora? ¿No advertís su falta de alma? ¿No os duele, como á mí, su absoluta carencia de pudor? ¿No os hace daño su materialismo?

¡Pues he aquí por qué no me he enamorado de ella!—Pásame con esta mujer lo mismo que con la judía *Tamo*: que me parece un animal irracional más ó menos bello; pero en modo alguno una criatura humana digna del culto de mi espíritu.

Por lo demás, ni las Moras ni las Judías son responsables de la indignidad de su existencia y de su alma, sino los legisladores de la raza semítica.—A las unas como á las otras se las ha

proscrito de los templos y se las ha negado toda personalidad jurídica en la sociedad y en la casa.—No son seres: son cosas.—Las Moras, especialmente, están sujetas al régimen de lo inanimado, y se las guarda bajo llave, como el oro y las piedras preciosas; ó bien son tratadas como bestias, á las cuales no se exigen votos para que sean fieles, sino que se las ponen *rejas* para que no se escapen.

De aquí resulta lo que tenía que resultar: que así como la Cristiana *quiere ó no quiere*, la Mora *puede ó no puede*, y punto redondo...—Y hacen divinamente, y están en su derecho al no meterse en otras honduras; pues al negarles la jerarquía humana, al tratarlas como si no tuvieran más que cuerpo, se las ha relevado implícitamente de tener pudor, fe y constancia, y de sacrificar ó castigar en ningún caso sus inclinaciones naturales.—Lo contrario fuera una injusticia y un absurdo; fuera una contradicción; fuera un *petitio principii*.

De todo esto se desprende que yo echo dulces á mi vecina, como pudiera echar pan á los patos.—De lejos me parece un animal gracioso.—De cerca me parecería un animal agradable.—En ninguna circunstancia podría parecerme una mujer.

Tal es la que irónicamente llamé *mi novia* hace un instante, ¡cuando, dicho sea en verdad, ni sé su nombre, ni hoy he ido más allá que el primer día!

Ella no habla el español, ni yo el árabe.—Si-guen gustándole los dulces, y yo sigo echándoselos los días que vengo, como acabo de echárselos hoy. Pero se los arrojé uno á uno, obligándola á hacer antes algunas pantomimas y monerías...

Del propio modo se enseña á una perra de aguas á ponerse en dos pies.

XVI

Llega la *División Echagüe*.—Camino que ha traído.
Temporal.

Día 5 de Marzo.

Hoy ha llegado á *Tetuán* el general Echagüe con ocho Batallones de los catorce que han guarnecido el *Serrallo* desde el principio de la Guerra.

Viene á reforzar nuestro Ejército para la expedición á *Tánger*.

Los nombres de los Cuerpos recién llegados son: *Madrid, Alcántara, las Navas, Barbastro, Granada y Borbón*.

Con ellos han venido el general Lasaussaye y los brigadieres Trillo, Berruezo, Sousa y Caballero de Rodas.

En el *Serrallo* han quedado el general Gasset y el brigadier Sandoval, con los Batallones del *Fijo, el Rey, Mérida y Talavera*.

La División que trae el general Echagüe viene ganosa de gloria y de trabajos.—Muchos y muy heroicos fueron los servicios que prestaron estos ilustres Cuerpos en el primer período de la Campaña; pero nada puede compararse á lo que han sufrido desde que emprendimos la marcha sobre *Tetuán*, al verse allí estacionados y en perdurable ocio, mientras que el viento les llevaba la voz de los cañones de *Castillejos, Río Azmir, Cabo Negro, Guad-el-Jelú y Tetuán*, y la fama les refería las grandes proezas que realizaban sus hermanos á pocas leguas de ellos.

Estas dolorosas emociones de generosa envidia se han avivado durante la marcha que acaban de hacer para incorporárenos; pues es menester que sepáis que han venido por tierra y siguiendo

las huellas de nuestros pasos, encontrando cualquiera señales de nuestras luchas y plantando de noche sus tiendas en los mismos lugares en que se alzaron nuestros Campamentos.

No ha sido menor la emoción con que nosotros hemos oído la historia de esta marcha y el afán con que les hemos pedido noticias de aquellos sitios en que tanto padecemos y batallamos.—He aquí el resumen de todo lo que nos acaban de referir:

Ayer, á las cuatro de la madrugada, se pusieron en camino, y hoy á las tres de la tarde estaban ya en *Tetuán*.—Es decir, que en día y medio han atravesado todo el terreno que nosotros tardamos quince días en recorrer.

La formación para su marcha se verificó en el *Valle de la Concepción del Tarajar*, donde estuvo acampado catorce días el TERCER CUERPO, y donde yo perdí tantos amigos, víctimas del cólera ó de las balas.—Aun se ven allí (dicen) los vestigios de nuestras tiendas y de nuestros pasos; el monte, ya pelado, que nos proveyó de leña; los cajones, las pipas y las latas de los víveres y municiones que consumimos del 15 de Diciembre al 2 de Enero, y algún cadáver desenterrado por los Moros para cortarle la cabeza.

En aquel lugar consagrado por la muerte y por la victoria despidiéronse tiernamente los jefes y oficiales que aun se quedaban en el *Serrallo* y los que venían en busca de nosotros y de nuevos triunfos.—¡Llevaban cuatro meses de compartir glorias y trabajos, y tenían que separarse por primera vez, los unos para correr grandes aventuras, los otros para seguir con el arma al brazo, bajo las inclemencias del cielo y en la más triste soledad!

El bravo y modesto general Gasset y su Estado Mayor acompañaron á Echagüe hasta el famoso *Valle de los Castillejos*.—Allí se despidie-

ron también, y tornaron á los famosos *Reductos*.

En el *Valle de los Castillejos* eran espantosas las huellas de la gran batalla de 1.º de Enero.—Armas rotas, harapos, infinidad de cajones vacíos, que habían tenido municiones; caballos muertos, árboles tronchados por el cañón, mil y mil indicios materiales, hablaban aún de aquel largo día de sangrienta lucha y funeral estrago...

(Ya antes, de orden del mismo General del PRIMER CUERPO, se habían enterrado allí centenares de cadáveres de uno y otro Ejército, cuyas exhalaciones pútridas habían llegado hasta el Campamento del *Serrallo*.)

Más adelante, hacia las *Alturas de la Condesa*, encontraron muchos ganados que pacían tranquilamente.—Los Moros que los guardaban huyeron á la aproximación de nuestras tropas; pero Echagüe dejó una Sección de Guardia civil que custodiase las reses hasta que pasara toda la División, con el fin de evitar que nadie tocara á ellas...—¡Rasgo laudable, sobre todo en una guerra con gente tan rapaz como los Marroquíes!

En *Monte-Negrón* vieron á lo lejos algunos campesinos que labraban sus taladas tierras, y que escaparon también, abandonando los arados...—¡Pobres Moros!

A las cuatro y media de la tarde llegaron, al fin, á *Río Azmir* (al Campamento del *Hambre*, como le llaman todavía nuestros soldados), y allí acamparon toda la noche.

A las cuatro de la mañana se tocó *diana*...—¡Los ecos de todos aquellos montes reconocerían tal música, que tantas veces habían repetido!...

A las seis estaba todo el mundo en marcha, después de haber almorzado.

Venía de *práctico* el bizarrísimo comandante de la Guardia civil D. Teodoro Camino, de quien me atrevo á asegurar que es el jefe nuestro que

más enemigos ha matado por su propia mano en esta Guerra.—El general O'Donnell lo había enviado al *Serrallo* hace pocos días para que sirviera de *cicerone* al general Echagüe en esta expedición al través de aquellas montañas en que tan penosamente nos habíamos abierto paso, y Camino desempeñaba su encargo á las mil maravillas.

A las nueve se engolfaron en la cordillera de *Cabo Negro*, dentro de cuyas tortuosas cañadas hallaron siete Moros armados (sin duda pertenecientes á la partida de bandoleros que tantas tropelías están haciendo en los alrededores de Tetuán).—Cogieron, pues, á dos, y se los trajeron consigo.—Los otros cinco lograron escaparse.

Una vez en la llanura de *Guad-el-Jelú*, corrieron diagonalmente hacia la *Torre de Jeleli*, pasando por la trinchera morisca en que tuvo lugar lo más recio del combate del 31 de Enero, y, como ya he dicho, á las tres de la tarde llegaron á las puertas de *Tetuán*...

¡Imaginaos ahora el encuentro de Generales con Generales, de soldados con soldados!—Desde que se vieron la última vez hasta hoy, ¡qué grandes acontecimientos, cuánta gloria, cuánta mortandad!...

Pero, en fin, ¡ya están juntos!

—¡A *Tánger*!—decimos nosotros, alegrándonos de ir en tan buena compañía.

—¡A *Tánger*!—responden los recién llegados, ansiosos de recobrar el tiempo perdido.

Tetuán, 10 de Marzo de 1860.

En *Tánger* estaríamos ya; pero es el caso que el temporal no nos lo permite.—Llevamos cinco días de *Levante*, quiero decir, de no ver ningún buque en la mar; y, por consiguiente, lejos de recibir víveres, nos hemos comido en santa paz

las trescientas mil raciones que teníamos de reserva para la marcha.

¡Pues añadid que, cuando mejore el tiempo, tendremos que esperar de nuevo algunos días, hasta proveernos otra vez de ellas y dejar llenos los almacenes para el mantenimiento de las muchas fuerzas que quedarán guarneciendo á *Tetuán*, la Aduana y *Río Martín*!—; De manera que este es el cuento de nunca acabar!

Entretanto, las hostilidades parciales continúan.—Todos los días tenemos tiroteo con las kabilas desparramadas en torno á la Plaza, y, sin embargo, los asesinatos y los robos se multiplican...

La falta de víveres ha venido á complicar nuestra situación, haciendo que el hambre comience á enseñarnos sus afilados dientes. Ya no es el Ejército, sino toda la población de *Tetuán*, quien necesita comer á nuestras expensas.—Los Moros nos han bloqueado á tal punto, que no entra en la ciudad ningún género de comestibles... ¡Y ya conocéis que nosotros no hemos de permitir que se mueran de hambre los diez mil habitantes de la Judería y los dos ó tres mil Moros que aun permanecen en otros barrios!

Por lo demás, la vida de guarnición se nos va haciendo insoportable.—Las casas moras están hechas para el Sol, no para la lluvia. Así es que, no bien se entolda el cielo, nuestros cuartos quedan como de noche, á consecuencia de la falta de ventanas...

Ahora, por ejemplo, son las dos de la tarde, y tengo que escribir á la luz de una vela. Allá, por una aspillera ó claraboya que hay cerca del techo, penetra alguna claridad, que apenas ilumina á las golondrinas, mis amables compañeras de cuarto, mientras que el cielo se deshace en agua, como si no hubiese llovido desde los tiempos de Noé...

¡Melancólico día!—Me voy en casa de *Chorby*, á pedirle al brigadier M. de comer y de dormir.

De camino veré á la Mora de la azotea, y le regalaré dulces..., si el tiempo lo permite.

Bien mirado, á ella le tocaba hoy regalármelos á mí, pues hoy cumplo veintisiete años, y no sé cómo celebrar mi natalicio..., ni si es cosa que merezca celebrarse.

XVII

Combate de Samsa.

Día 12 de Marzo, á las doce de la noche.

¡Henos otra vez en nuestros grandes tiempos! Las hostilidades entre ambos Ejércitos se han vuelto á romper en grande escala; el cañón ha tronado de nuevo, y la historia patria registra en sus anales otra fecha de gloria: la fecha de hoy, en que hemos reñido el gran combate que se denominará *Acción de Samsa*.

¡Admirable cosa es la Guerra! Ella serena el espíritu y fortifica el corazón.—; Desde la Batalla del 4 de Febrero no habíamos dormido con la profunda tranquilidad que dormiremos esta noche!—Acabaron nuestras cavilaciones sobre si conviene ó no conviene á España la continuación de las hostilidades...—; Decididamente, lo más sencillo para un Ejército es cerrar los ojos á toda razón que no sea la de las armas!

El combate de hoy ha parecido el reverso de la Batalla de *Tetuán*.—Hoy éramos nosotros los que estábamos en la ciudad, y los Marroquíes los que venían contra ella, bien que por el lado de Tánger. Lindando con el teatro de la lucha se hallaban nuestros Campamentos, cual en aquel día se encontraban los suyos. Como nosotros entonces, los Moros intentaban hoy penetrar en nuestros Reales por dos puntos á la vez: por el

frente y por el flanco derecho... ; En lo único que se diferencian ambas jornadas es en que nosotros dormiremos esta noche donde mismo dormimos anoche, y ellos han huído á más no poder, después de dejarse sembrado de muertos y heridos el disputado Campo de Batalla!—¡Pobres Moros! ; Tan heroicos como inocentes!

Ha sido de notar, sin embargo, la prontitud con que habían rehecho sus fuerzas... Yo creo que no bajarían de quince mil hombres los que hoy nos han atacado.—¡Mejor que mejor! ; Nosotros necesitamos un enemigo ansioso de victoria, y que tenga la ilusión de que va á conseguirla alguna vez! ; Lo temible sería que se batiera por batirse y sin esperanzas de triunfar, pues entonces la Guerra podría ser interminable!

En cuanto á pormenores del combate de hoy, he aquí todos los que he podido coordinar:

Esta mañana, á eso de las once, en el momento de estar el Cuartel General oyendo Misa (como domingo que ha sido), el General en Jefe recibió aviso del general Echagüe (quien acampaba con sus tropas sobre el camino de Tánger, á la vanguardia del general Prim), manifestando que por la parte del *Fondak* se había presentado una masa de fuerza enemiga como de cuatrocientos á quinientos caballos, los cuales avanzaban con las precauciones y el aspecto de quien viene en son de guerra...

El Duque de Tetuán recibió este parte con la mayor calma; dió algunas instrucciones al ayudante que lo había traído, y siguió oyendo Misa.

Terminado el acto religioso, montó á caballo, con igual sosiego que los demás domingos; sólo que, en vez de echar por el *Arco de la Meca*, para volver á su Campamento, tomó por la calle de enfrente, que conduce al camino de *Tánger*.

Una vez en la trinchera del PRIMER CUERPO,

observó que los llanos y alturas que se descubren desde allí hasta legua y media de distancia estaban cubiertos de grupos de Moros, cuyos movimientos indicaban tener á retaguardia considerables reservas.—Sin embargo, se limitó á reforzar con algunos Batallones las grandes guardias de nuestra izquierda y frente, mandadas, respectivamente, por el general Lasaussaye y el coronel Izquierdo.

A eso de la una empezaron á avanzar los Moros en grandes pelotones, dirigiéndose unos sobre nuestro frente, otros á pasar el río *Jelú*, y algunos, mucho más crecidos, hacia nuestra derecha, en dirección á las alturas que dominan el pueblo de *Samsa*.

Entonces el General en Jefe, á la par que mandó poner sobre las armas el resto del PRIMER CUERPO, hizo avanzar al SEGUNDO con dos Escuadrones del Regimiento de Artillería de á caballo y con la División de Caballería.

En tanto, el enemigo, cuya fuerza principal había venido oculta por la orilla derecha del *Martín*, lo atravesó rápidamente con el agua á la rodilla, y trató de envolver nuestra izquierda cargando á las guerrillas que teníamos en el llano... Pero el Escuadrón *Cazadores de Albuera* acudió oportunamente, y, dando una brillante carga, secundada por la Infantería, obligó á los Moros á repasar el río, castigándolos con tal severidad, que ya no volvieron á intentar nada importante por aquel lado.

Llegaron entonces los Escuadrones de Artillería, de los cuales uno se colocó en el centro, mientras que el otro se situaba en la parte de la izquierda, y ambos rompieron un fuego tan certero y nutrido, que á los pocos disparos hicieron retroceder al enemigo hasta ponerse á cubierto de nuestras granadas, lo cual logró muy pronto, aprovechándose de las desigualdades del terreno.

En cambio, su Infantería aumentaba considerablemente por el otro flanco, prolongándose hasta las altas cimas de *Sierra Bermeja*. En su vista, el General en Jefe ordenó al general Echagüe que, con tres Batallones y una Batería de Montaña, se dirigiese á aquella parte y arrojase á los Moros de las posiciones que habían ocupado cerca del pueblo de *Samsa*,—operación que realizó admirablemente el bravo Echagüe, tomando las alturas indicadas y acosando á los Marroquíes sobre los escabrosos peñascos de *Sierra Bermeja*.

Entonces, para evitar que se retirasen en la dirección de los *Montes de Gualdrás*, mandó el Duque á la Brigada Paredes, del SEGUNDO CUERPO, que se interpusiese en aquel sitio, y al general O'Donnell (D. Enrique) que cubriese la izquierda con su División, marchando por las faldas del monte que se hallaba á su frente.

Este movimiento se hizo también con una celeridad y decisión tan admirables, que los Moros, cortados en su retirada natural, y batidos por el general Echagüe, se encontraron en una situación desesperadísima, y tuvieron que preparar, para salvarse, por unas peñas escarpadas que parecían inaccesibles, y que lo son, en efecto, para quien no tenga la asombrosa agilidad de los Africanos.

Pero ya sabéis que éstos *vuelven* tan fácilmente como *huyen*...—Quiero decir, que no tardaron en aparecer de nuevo por todas partes... Decidió, pues, O'Donnell terminar de una vez tan complicada acción, y para ello expidió una de aquellas órdenes inesperadas y decisivas que lo acreditan de gran Caudillo, y en las que, aprovechando la posición transitoria de todas sus fuerzas, combina sus movimientos y acaba de un golpe los más enmarañados combates.

Esta orden fué la siguiente:

Al general Orozco le mandó que, con dos Batallones de su División, reforzase la izquierda y la asegurase contra toda acometida por aquel lado; al general Ríos, que, con cuatro Batallones de la Reserva, tomase las elevadísimas cumbres de *Sierra Bermeja*, donde ya el general Echagüe había establecido un Batallón; al Conde de Reus, que, con cuatro Batallones y con dos Escuadrones de Coraceros, atacase y tomase las posiciones del frente; al general Mackenna, que estuviese dispuesto con cuatro Batallones de la Reserva y con la Caballería, mandada por el general Galiano, para descender á la llanura donde se hallaba la Caballería marroquí; y, por último, al general García, jefe de Estado Mayor General, que hiciese tomar las alturas de *Samsa* á las fuerzas que diré más adelante.

Tan sabia y audaz operación se cumplió rápida y simultáneamente.

El Conde de Reus atacó y tomó las posiciones que se le habían indicado, arrojando de ellas la numerosa fuerza enemiga que las sostenía; y una vez en aquel lugar, acompañado de algunas piezas de Montaña, rompió un certero fuego sobre la Caballería mora, haciéndola pronunciarse en deshecha fuga, avivada por el movimiento que ejecutaban en el llano la Brigada Mackenna y la División de Caballería.

El general Ríos trepó á lo más alto de la Sierra, y persiguió á los enemigos por parajes tan ásperos y escabrosos, que de seguro no los había recorrido nunca planta humana.—También allí nuestra victoria fué completa.

Por último, el general Paredes (con su Brigada, el primer Batallón de *Navarra* y cuatro Compañías de *Cazadores de Chiclana*, á cuyo frente marchó el primer ayudante del General en Jefe, brigadier Ceballos Vargas, sostenido por fuerzas del PRIMER CUERPO, mandadas por

el general Lasaussaye, bajo las superiores órdenes de los generales Echagüe y García) llegó en pocos instantes á las alturas de *Samsa*, que el enemigo mostró empeño en defender, y que, sin embargo, vióse obligado á dejar en poder de nuestras tropas, retirándose á los altos montes de *Gualdrás*.

Asegurado ya completamente el éxito en toda la izquierda y centro, el General en Jefe se trasladó á la derecha, adonde llegó pocos momentos después de ser ocupadas las alturas, ordenando en seguida el ataque de todas las posiciones que ocupaban aún los Moros, sin embargo de lo avanzada que estaba la tarde.

Verificóse este ataque por las cuatro susodichas Compañías de *Chiclana* y el primer Batallón del Regimiento de *Navarra*, al mando del coronel Lacy, sostenidos por la Brigada Paredes y fuerzas del PRIMER CUERPO, á las órdenes del general Echagüe.—El enemigo fué decisiva y prontamente arrojado de todos los puntos que ocupó, á pesar de la resistencia que en cada uno trató de oponernos, y, al anoecer, ocuparon nuestras tropas la parte más culminante de las *Sierras de Gualdrás*, distantes de *Tetuán* más de legua y media.

El enemigo llegó en esta jornada á la dispersión más completa de cuantas ha sufrido en sus combates con nuestro Ejército; y si la noche no nos hubiese estorbado seguir adelante, de seguro que en muchos días no hubieran podido reunirse; pues cada uno corría por distinto lado, mientras que nuestros Cazadores, desde el pico más alto de la cordillera, saludaban á la Reina y á la Patria con gritos de entusiasmo y júbilo, contemplando á un mismo tiempo los dos mares..., ¡el Océano y el Mediterráneo!

Siendo ya noche cerrada, y no llevando las tropas lo necesario para acampar, dispuso el Ge-

neral en Jefe que todas las fuerzas se replegasen á sus Campamentos, lo cual ordenaron los Generales respectivos, encomendando la derecha al general Echagüe, quien hasta las once de la noche no ha entrado en su Campo con el último Batallón, sin que en todo ese tiempo el enemigo haya dado nuevas señales de vida.

Nuestras pérdidas han sido un jefe, dos oficiales y diez y nueve individuos de tropa muertos; tres jefes, catorce oficiales y ciento setenta y cuatro individuos de tropa heridos, y un jefe, siete oficiales y ciento veinticuatro individuos de tropa contusos.—Las del enemigo han debido de ser muy considerables.

Ahí tenéis la historia del combate de hoy, primero de una nueva serie, que no sé dónde ni cuándo terminará.—En él nos han atacado los Moros, lo cual quiere decir que han recibido grandes refuerzos y que vuelven á someter la cuestión al fallo de las armas...—¡Tanto mejor! ¡Antes de tres días les atacaremos nosotros á nuestra vez, y ya no pararemos hasta clavar nuestra bandera en los muros de Tánger!

España lo desea, y el enemigo nos desafía... ¡Ya no hay que dudar!...—Nuestras tropas han divisado esta tarde el Océano Atlántico...—¡Al Océano, pues!

XVIII

Los Moros vuelven á pedirnos la paz.—Explicación del combate de ayer.—Tetuán como garantía.—La cuestión de Tánger.—Nos disponemos á marchar sobre esta Plaza.

Día 12 de Marzo.

La fortuna se ha empeñado en favorecernos en esta Guerra.—Dios vela por su causa.

El combate de ayer ha tenido más trascendencia de la que podíamos imaginarnos. — Los Parlamentarios de Muley-el-Abbas se hallan otra vez entre nosotros demandando gracia, apremiándonos por una avenencia, diciendo que se arruina el Imperio si ganamos otra batalla, y explicándonos de nuevo que de ningún modo nos acomoda semejante cataclismo, puesto que, de suceder, no encontraremos ya nunca en este país Gobierno con quien tratar, sino una Guerra indefnida ó unas paces traidoras, sólo fecundas en alevosías y ferocidades.

—No nos pidáis á *Tetuán*... (exclaman). Eso es pretender lo imposible para nosotros y lo innecesario ó perjudicial para vuestra Nación.— Pedidnos dinero; pedidnos muchos millones; pedidnos todo aquello que el Emperador pueda hacer sin que se enteren sus pueblos. ¡Evitad una revolución en este Imperio, ó temed por la Humanidad!—El día que se desencadene la tormenta que hace años ruge á los lados del Atlas, todos los Ejércitos del mundo se evitarían los horrores que presenciaria nuestra tierra.

Con razones tan sentidas, francas y convincentes, se expresan hoy los Marroquíes.—En lo demás, su Embajada no se reduce por esta vez á proponernos la *paz*, sino que vienen también á presentarnos las *disculpas* de Muley-el-Abbas acerca del ataque de ayer.

Según ellos, las cosas acontecieron de este modo:

Hace tres días llegaron al *Fondak* unos ocho mil Rifeños, que aun no habían tomado parte en esta Guerra, pertenecientes á las tribus más indómitas y aguerridas del Imperio.—Eran las mismas hordas que tan bárbaramente se ensangrentaron el mes pasado en la guarnición de *Melilla*; y, envalentonadas por aquel infame triunfo, debido á la sorpresa, al engaño y á las

tinieblas de la noche (1), venían (dijeron) á volver por la honra del Ejército marroquí, ó sea á demostrar á Muley-el-Abbas y á sus tropas de qué modo se vencía á los arrogantes Españoles...

Muley-el-Abbas les prohibió terminantemente que nos atacasen, manifestándoles que era una locura acometer á los conquistadores de *Tetuán*, y que harto harían él y sus tropas, así como cuantos auxiliares les llegaran, con luchar á la defensiva cuando marchásemos sobre Tánger...

Semejantes razones, hijas de una dolorosa experiencia, no fueron suficientes á convencer al General que mandaba á los Rifeños, y que se llamaba *Cerid-el-Hach*, sino que, tomando pie de aquella prohibición, sublevó la mayor parte de las tropas de Muley-el-Abbas, á quien calificó públicamente de *asustadizo y cobarde*... (“¡Cobarde el Califa!”, exclamaban los Parlamentarios al llegar á ese punto), y decidió presentarnos la batalla por su cuenta, asegurando á los que no le quisieron acompañar, que á la noche les llevaría las tiendas que les tomamos en la batalla del 4 de Febrero, y, por añadidura, todas las nuestras.

—¡No vayas, *Cerid*! (le dijo todavía Muley-el-Abbas). ¡Tú no conoces á los Españoles!

—¡Vaya si los conozco! (respondió el *Hach*). ¡Vengo de vencerlos!

—¡Vienes de acuchillar en las tinieblas á tropas engañadas, pero no de atacarlas en sus posiciones á la luz del día, como pretendes hacer hoy!

—¡A la noche verás quién acierta!—replicó el Rifeño.

(1) Como el tristísimo hecho del Campo de *Melilla* á que se hace referencia aquí fué extraño á la Campaña dirigida por O'Donnell, pues ocurrió á muchas leguas del Ejército de Africa, no he creído ni creo conducente narrarlo en esta obra.—(Nota de la tercera edición.)

—¡Quiera Dios que también lo veas tú!—respondió Muley-el-Abbas.

El temor del Califa equivalió á un vaticinio.—*Cerid-el-Hach* expiró esta mañana en la tienda del Príncipe, de resultas de un balazo que recibió ayer tarde en el vientre.

En cuanto á los renombrados Rifeños, regresaron huyendo y despavoridos al Campamento de Muley-el-Abbas, á quien confesaron que había hablado bien por la mañana; le pidieron perdón de haberle desobedecido, y se dijeron *más que castigados* por su soberbia temeridad.—¡Sus pérdidas, entre muertos y heridos, habían llegado á mil hombres!

Todas estas cosas nos las ha contado nuestro amigo Aben-Abu, el General de la Caballería, mientras que su hermano, el Gobernador del Rif, conferenciaba con el general O'Donnell.

De esta conferencia ha resultado que nuestro Caudillo volverá á consultar la voluntad del Gobierno de Madrid acerca de la cuestión de *Tetuán*, exponiéndole las razones que hay para considerar inconveniente la retención de esta Plaza en nuestro poder.

—El sábado 17 tendré contestación de España (ha dicho O'Donnell á los Parlamentarios). Ese día podéis venir por las nuevas condiciones de paz.

—Entretanto (han respondido éstos), nosotros cuidaremos de que las kabilas circunvecinas no repitan esos robos y asesinatos, que Muley-el-Abbas lamenta más que nadie...

Y, en efecto, el General de la Caballería, acompañado de cuatro *Moros de rey* de su escolta, ha subido á los montes inmediatos y amenazado con las más severas penas á sus moradores si hostilizan á los Cristianos durante las nuevas negociaciones de paz...

Hasta el sábado, pues.

Sábado 17.

El Gobierno de Madrid ha modificado las condiciones de paz; pero siempre partiendo de un error de apreciación, ó subordinando sus exigencias á las de la opinión pública,—extraviada por la mala fe de los enemigos del general O'Donnell, y también por las rancias tradiciones españolas de convertir todas las guerras en conquistas.

Ya no se pide á *Tetuán* en propiedad, sino como *garantía* de 500.000.000 de reales que deberán pagarnos los Marroquíes en concepto de indemnización de Guerra.

Nada más justo que esta indemnización; pero la *garantía* es contraproducente. Si España desiste de quedarse con *Tetuán*, no es porque los Moros se nieguen á tolerarnos aquí, sino porque consideramos la ocupación de esta Plaza como una carga inútil y onerosa. Ahora bien: si los Moros adoptan un sistema de morosidad en el pago de la *indemnización*, al cabo de diez ó doce años de tener en nuestro poder esta prenda pretoria nos veremos en el caso de devolvérsela, ó de arruinarla, sin haber cobrado un maravedí, y habiendo tenido nosotros que gastar otros 500.000.000 del Tesoro español en custodiar la hipoteca y en guerrear con todas las kabilas montaraces de estos contornos.

Como quiera que sea, y á juzgar por la cara que los Parlamentarios moros (de vuelta ya en nuestro Campo) han puesto á la *nueva condición*, el Imperio *no cederá á Tetuán...*, *ni siquiera en garantía*.—Por consiguiente, seguirá adelante la Guerra, y tomaremos á *Tánger* dentro de algunas semanas, para tener que evacuarle dentro de algunos meses...

—Y ¿por qué evacuar á *Tánger*? (pregunta-

rán nuestros conquistadores madrileños). ¿No es aquélla una Plaza fuerte y marítima, muy fácil de conservar? ¿No sería utilísima á nuestros intereses comerciales?

—¡Ciertamente! Pero es el caso que la Inglaterra, si bien tiene la bondad de no oponerse á que tomemos á *Tánger*, se opondrá á que lo conservemos. Intervendrá, pues, oportunamente para que de grado ó por fuerza hagamos una paz, cuya primera condición sea indefectiblemente nuestra pronta salida de aquella Plaza fuerte, que miran como suya.

—¿Y qué nos importan los Ingleses?—añadirá, en un sublime arranque de fiereza, algún Español de pura sangre.

¡Ah! Sí... Es verdad... ¡A los hijos de la noble España no les intimidan los hombres, y lo mismo lucharían con Ingleses que con Moros!—Pero es el caso que la Guerra sería tan marítima como lo es la Plaza...

—¿Y qué nos importa?—repetirá el antiguo león castellano.

—¡Mucho nos importa, señor león! ¡Y prueba de ello es que llevamos sobre la frente el vergonzoso estigma llamado *Gibraltar*!—¡Admirable me parecería que desafiáramos inmediatamente la cólera de la Gran Bretaña; pero preferiría que fuese, no por la posesión de una Plaza extranjera como *Tánger*, sino por reconquistar la deshonrada Plaza *española* en que ondea un pabellón que no es el nuestro!—Si el nuevo agravio que Inglaterra infiere á nuestro afán de independencia la hace bramar de ira..., ¡tanto mejor!—¡Apuntémosle al lado de otros muchos; trabajemos sin descanso; construyamos buques; lancemos á la vida del mar á nuestros hijos; pongamos la confianza en Dios, en nuestro valor y en nuestro derecho; esperemos algunos años, y tantas y tan repetidas ofensas serán lavadas

con sangre en la bahía de Gibraltar y en los campos de San Roque y Algeciras!

¡Sólo cuando hayamos conseguido esto podremos entablar contiendas con la Gran Bretaña sobre nuestra libertad de acción en *Tánger*!—Digo..., ¡á no ser que prefiráis la gloria y la dicha de que España sea ayudada en sus empresas del modo que lo han sido el Imperio turco y el Reino sardo!...

.....
.....
Resumiendo por hoy.

Los Parlamentarios moros han quedado en volver el 21 con la contestación de Muley-el-Abbas á las nuevas condiciones de paz.

Día 21.

¡Esto es hecho!—Pasado mañana saldremos para *Tánger*.—Muley-el-Abbas no suscribe á la cesión de *Tetuán* ni tan siquiera en *garantía* de la indemnización de Guerra.

Sus Embajadores nos estrechan la mano con profundo dolor, y parten á ponerse al frente de sus tropas para procurar exterminarnos.

—¡Adelante, y excusemos negociaciones inútiles! (dicen en nuestro Ejército hasta los reclusos). ¡Adelante por España! ¡Pronto! ¡Pronto! ¡A matar! ¡A morir..., pues que la Patria nos lo exige!

¡Oh! ¡Qué reacción tan heroica! ¡Qué espectáculo tan conmovedor!—Todos arden ya en deseos de nuevas luchas...—“¡A *Tánger*!”, repiten cuarenta mil voces.

Y, sin embargo, todos creen que acometemos una empresa descabellada, inútil, peligrosísima... Descabellada, porque tendremos que devolver á *Tánger* al acabar de tomarlo, ó que venir á las manos con Inglaterra; inútil, porque al

cabo tendremos que abandonar á *Tetuán*, con indemnización ó sin ella, y peligrosísima, porque, si el viento nos es contrario, nos hallaremos dentro de tres días sin base de operaciones enfrente de los muros de *Tánger*, ó sea sin el apoyo de nuestra Escuadra, é incomunicados con *Tetuán*.

Por lo demás, acabamos de saber que el enemigo no ha perdido el tiempo, y que en el *Fondak* nos aguardan cincuenta mil Moros, perfectamente atrincherados al abrigo de formidables montañas...—¡Magnífica tempestad nos espera!

¡Figuraos ahora la animación que reinará en *Tetuán*!—Ya no se trata de caminar con la Escuadra á la vista, recibiendo de ella todo género de socorros, sino de vivir de nuestros propios recursos. Nos proveemos, pues, todos de infinidad de raciones; cómpranse caballos, asnos, mulas y camellos á forasteros y Judíos; cargamos hasta con muebles; mejoramos la condición de nuestras camas de campaña; *Chorby*, el inimitable *Chorby*, nos regala á sus amigos los mejores cojines, las mejores mantas de su harén, todas las naranjas de su despensa, y hasta sus utensilios de cocina... ¡Ahora sí que será nuestro Ejército una ciudad ambulante!

Yo doy un adiós del alma á *Tetuán*... Ya no volveré nunca á él.—Nuestro regreso á España será por el Océano.—¡Y esto..., para el que regrese!

Pero hoy no se piensa en tales cosas...—Hoy no se ve en nadie aquel solemne recogimiento que precedió á la batalla de *Tetuán*. Hoy no se escriben tiernas cartas de despedida, ni se piensa en la familia ni en la Patria. ¡Domínanos, por el contrario, aquel bárbaro olvido de todas las cosas que se experimenta en el momento mismo del combate! ¡Es la desesperación! ¡Es la fiebre! ¡Es el remordimiento de haber acariciado ideas de paz! ¡Es el miedo de

que alguien haya podido imaginarse que todo cuanto hemos pensado y dicho en favor de la terminación de la Guerra era hijo del cansancio..., ó de otra cosa peor.

¡Oh! Sí: la ira que enciende hoy á nuestro Ejército es ciega, irreflexiva, vertiginosa, como la de una fiera encolerizada. ¡Verdaderas maravillas espero de unas tropas dispuestas de este modo! El primer encuentro ha de ser terrible, feroz, encarnizado...—¡Concluyamos de una vez!, parecen decir todos, según el aire con que se preparan á la batalla...

Y dicen perfectísimamente...—¡Concluyamos de una vez!

XIX

De cómo cambié de idea y salí para España.

Día 22 de Marzo.

Dentro de dos horas habré abandonado á *Tetuán*; pero no con dirección á *Tánger*, sino con dirección á Madrid.

He pedido licencia temporal al General en Jefe, y me la ha concedido.

La razón que me asiste para obrar así (espontánea y libremente como lo hago) es la misma que me trajo á la Guerra, también voluntariamente:—*el amor á mi Patria*.

Entonces creí que su interés, su gloria, su prosperidad estaban en esta tierra, y vine á añadir mi pobre grano de arena á la obra de nuestra regeneración; y luché y padecí sin quejarme; y sufrí, no digo resignado, sino contento, todo género de trabajos y privaciones, porque los sufría por la Patria; y canté á mi modo la Guerra; y procuré, en fin, inflamar más y más, si esto hu-